

## **EL 80, LOS ACTORES. EL CORONEL MAURICIO MAYER**

Por el Académico DR. JORGE M. MAYER

La formación del Estado argentino de 1810 a 1880 fue larga y escarpada. Atravesó por unos dolorosos períodos de luchas fratricidas, la tiranía de Rosas y la secesión de la Provincia de Buenos Aires, y por los aletazos de una política internacional a veces romántica.

Entre altos y bajos, convulsiones y remansos, llegó la década del 80 y después de los combates de Barracas y Puente Alsina, 20 y 21 de junio de 1880, quedó roto el monopolio porteño, la Aduana de Buenos Aires fue finalmente nacionalizada y el país constituido emprendió una sorprendente marcha ascendente de progreso y riquezas.

Merecen recordarse a los actores que enaltecieron esos años, alentados por la fe en el futuro y un entusiasta espíritu de empresa. Las escuelas educaron los pueblos, los ferrocarriles los unieron, el ejército mantuvo el orden y defendió las fronteras. En pocos años transformaron una factoría devastada por los caudillos y los malones, en una nueva Arcadia.

El coronel Mauricio Mayer nació en el pueblo de Wacz, en Hungría, el 21 de mayo de 1843, y se educó en el Gimnasio local. La Europa era un campo de ortigas, se hallaba convulsionada por las querellas de los reyes, fatuos y pueriles, que pretendían ensanchar sus dominios con algunas aldeas y los reclamos de los jóvenes, incitados por

los dogmas de la Revolución Francesa, que los ejércitos de Napoleón habían difundido en el continente.

En Hungría, bajo la inspiración nacionalista y liberal de Lajos Kossuth (1802-1894), algunos sectores intentaban independizarse del centro de los Habsburgos. Estalló una primera revolución en 1848 y más tarde el General Gyorgy Klapka (1820-1892) encabezó otro movimiento y formó en Italia una legión en la que se enroló el entonces Teniente Mauricio Mayer <sup>1</sup>.

Los monarcas europeos no mostraban más juicio que los caudillos sudamericanos y su administración era igualmente deplorable. Las nuevas armas les permitían jactarse de causar un mayor número de víctimas y así, ensobrecidos, desembocaron en la estúpida hecatombe de 1914.

En la guerra de Crimea (1854-1855) el Zar Nicolás I intentó anexar Constantinopla, entonces en poder del Sultán Abdulmeciez y hundió la flota turca en Sinope. Pero Inglaterra y Francia, celosas de su comercio con Oriente, lo detuvieron y lograron capturar Sebastopol el 8 de septiembre de 1855.

Por su parte, el Emperador Napoleón III (1808-1873) emprendió la guerra de liberación de Italia en 1859 y de paso anexó a Francia los territorios de Niza y Saboya. El 4 y el 24 de junio de 1859, derrotó las tropas del Emperador Francisco José de Austria, en las batallas de Magenta y Solferino, y ocupó Roma el 2 de julio. Pero ante la amenaza de la intervención del Rey de Prusia, firmó inesperadamente el armisticio de Villafranca. El 15 de agosto el ejército francés se retiró de Italia y abandonó a los nacionalistas húngaros <sup>2</sup>.

La rivalidad entre la legendaria dinastía de los Habsburgos y la advenediza casa de los Hohenzollern, por el dominio de la Europa Central, aumentó los roces, hasta que el ejército prusiano del General Moltke aplastó al ejército austríaco del General Benedek en Sadowa, el 3 de julio de 1866.

Alberdi denunciaba que estas guerra habían causado la muerte de 1.800.000 personas y pérdidas por 50 mil millones de francos, dilapidados para la sociedad y el pro-

<sup>1</sup> *Memorias del General Juan F. Czets*, "La Prensa", 6 de mayo de 1934.

<sup>2</sup> CZETS, *Memorias*, "La Prensa", 15 de abril de 1934.

greso mundial, "más que las batallas entre las tribus cafres y hotentotes en toda su historia"<sup>3</sup>.

El testimonio es elocuente. "¡Que bella es la América! ¡Que consoladora! ¡Que dulce! Ahora lo conozco, ahora que he conocido estos países de infierno, estos pueblos de egoísmo, de insensibilidad, de vicios dorados y prostitución titulada"<sup>4</sup>.

Frente a una Europa encasillada y a gobiernos fosilizados, se abrían para los jóvenes los horizontes fascinantes del Nuevo Mundo.

Llegó al Río de la Plata a fines de 1866. La población de la República alcanzaba a 1.870.000 habitantes, de los cuales 495 mil vivían en la Provincia de Buenos Aires y de estos 168 mil en la ciudad, el puerto y centro comercial. Apenas el 30 % sabían leer y escribir.

El puerto comprendía la rada, el muelle y la Aduana. La ciudad era un paralelogramo dividido en cuadras rectas de 150 varas. Las casas bajas, las azoteas, las rejas, los braceros, los patios con malvones y madre selvas y las indispensables caballerizas y los cupés le daban un aspecto levantino. Los sardos enriquecidos levantaban unos lujosos palacios con escaleras de mármol, pisos de mosaico y arañas de cristal.

La Alameda se había transformado en el Paseo de Julio, adornado por una fila de plátanos y bancos de piedra. Carretillas y carros de cajón, conducidos por indios o negros, transportaban los pasajeros y las mercaderías desde la rada a través de calles de tierra y pantanos. Los faroles de aceite alumbraban las noches. Los corrales y los mataderos canalizaban las inquietudes económicas de la población.

La Plaza de Mayo, encuadrada por la Casa Rosada, la Catedral, el Teatro Colón, el Cabildo y los Altos de Escalada, estaba separada de la Plaza de la Victoria por la Recova Vieja y sus bulliciosas tiendas.

En la población policroma, los ingleses dominaban el comercio, los marseleses y luego los italianos cada vez más numerosos, explotaban las tiendas y las pulperías y los vascos poblaban las nuevas estancias.

<sup>3</sup> ALBERDI, *E. P.*, t. III, 77, 227, 287.

<sup>4</sup> ALBERDI, *E. P.*, t. XV, 876.

El Presidente Mitre (1821-1906), ocupaba la presidencia desde el 12 de octubre de 1862. Las heridas de Cepeda y Pavón estaban aún abiertas y la guerra contra el Paraguay, bajo la inspiración del Emperador Pedro II, dividía las opiniones.

El país no se había aún asentado. Nicasio Oroño (1822-1904), un buen testigo, señala que en el período de 1862 a 1868 estallaron 17 revoluciones y murieron más de 4.700 ciudadanos.

La República era un vasto erial, un áspero desierto, apenas aliviado por algunas aldeas, elevadas a la categoría de capitales de provincia, generalmente en manos de los caudillos locales.

La soledad, el vacío, el alarido de los malones, descubrían a los pioneros, que se internaban tierra adentro para fundar nuevos poblados, entre el sol y las tormentas, langostas y culebras.

Las comunicaciones eran difíciles. Luis Sauce, Joaquín Fillol y Timoteo Gordillo instalaron las primeras mensajerías. En un ambiente de Far West las galeras y diligencias conducidas por los mayores con la carabina en el asiento, entre el traqueteo de los cañadones y de las vizcacheras, unían a Rosario con Córdoba, Río Cuarto y Mendoza y hacia el sur con Pergamino, Lobos y la Laguna de los Padres.

El General Juan F. Czetz (1822-1904) ocupaba una posición destacada. Nacido en Gidajalba, era hijo de un oficial de húsares y vestía las insignias de Teniente de Infantería del ejército húngaro. Partidario de Kossouth, llegó a Comandante General de Transilvania. Al fracasar el movimiento separatista emigró a Alemania, Inglaterra y luego a España. El 2 de marzo de 1859 se casó, en la Iglesia San Vicente de Sevilla, con Basilia Ortiz de Rosas, hija de Prudencio y sobrina del Restaurador. Al iniciarse la guerra del Paraguay organizó una compañía de Zapadores. En 1869 extendió la línea de fronteras más allá del Río V y en 1870 el Presidente Sarmiento lo nombró primer Director del Colegio Militar, cargo que desempeñó hasta el año 1874. Pasó 9 años en Entre Ríos como Presidente del Departamento Topográfico y confeccionó el

mapa de la provincia. Al volver a Buenos Aires creó la Sección Técnica del Estado Mayor y la Escuela de Ingenieros Militares hasta que se retiró del ejército en 1897.

En sus *Memorias* recuerda a Mauricio Mayer, como “a uno de sus amigos más queridos y constantes”, que lo acompañó en su peregrinaje de “desterrado célebre”, según lo llamaba el General Klapka.

“Cuando Bismarck (1815-1898) quiso reunir todas las fuerzas morales y materiales para combatir la hegemonía de Austria, había llamado al General húngaro Klapka y convino con él la formación de un cuerpo que provocaría un levantamiento en Hungría. Klapka eligió entre otros oficiales al Teniente Mayer, de una inteligencia penetrante y muy viva en asuntos de conflictos guerreros. Lo destinó a la vanguardia de la Legión Húngara y lo encargó además de los reconocimientos del terreno, de cuidar la proveeduría del pequeño cuerpo. Pero la decisiva batalla de Sadowa puso fin a esos movimientos.”

Refiere con nostalgia los sucesos posteriores. “Mayer, sin ocupación y sin posición y confiando en su energía inteligente, se determinó a buscar suerte en este país, vasto y propicio para los hombres emprendedores del viejo mundo. Apareció pues en 1869 con una carta de presentación y buena recomendación de Klapka, en mi casa de la calle Corrientes. Mi finada señora y yo lo acogimos, como a todos los húngaros que venían a buscarnos, con los brazos abiertos. Estaba en aquel tiempo al mando de un batallón de Infantería de Línea nuestro pariente y amigo, el entonces Comandante Lucio V. Mansilla y viendo que el joven Mayer tenía vocación y aptitudes para la carrera militar, lo dirigimos a aquél rogándole que cuidara de este joven compatriota nuestro. De esta manera Mayer fue al Paraguay y fue aceptado por Mansilla como oficial agregado al Estado Mayor. Pronto demostró sus cualidades militares y su carácter valeroso y emprendedor. Mansilla lo conservó a su lado y después de los combates y empresas de guerra a que asistieron, le hizo dar el grado de Capitán y así siguió parte de la campaña del Paraguay, en la cual se granjeó la estimación y la simpatía de todos sus compañeros, especialmente del General Racedo, entonces

segundo Jefe del Batallón de Mansilla, que era el 12 de Línea.”<sup>5</sup>

El joven militar constató las diferencias entre las campañas militares europeas y las campañas militares sudamericanas. En las primeras los ejércitos lucían vistosos uniformes de alamares y penachos y en las segundas modestas chaquetillas. Cuando los primeros se movían ordenadamente, con escuadrones disciplinados, una buena artillería y chassepots, los segundos actuaban en guerrillas y su arma preferida eran las cargas de caballería. Hasta el teatro era distinto, en Europa se desenvolvían a través de campos cultivados y rutas empedradas y en América entre médanos y juncales.

La campaña paraguaya llegaba a su fin, después de la caída de Humaitá el 25 de julio, de Lomas Valentinas el 21 de diciembre, el ejército Imperial ocupó Asunción el 31 de diciembre de 1868. El ejército argentino se negó a entrar en la ciudad hermana y acampó en Trinidad.

El 25 de enero de 1869, el Presidente Sarmiento y el Ministro de Guerra Martín de Gainza ascendieron al Capitán Mayer al grado de Sargento Mayor.

Las operaciones continuaron intermitentemente, hasta que el Mariscal López fue muerto por un destacamento del General Cámara, en Aquidaban, el 1º de marzo de 1870.

Cambiaban los objetivos militares. Si la campaña del Paraguay llegaba a su fin, los peligros se agravaban en el sur.

Los indios pampas y ranqueles y los blancos prófugos, desertores y criminales, hechos a la vida haragana y brutal de las tolderías, con sus mancebas, aguardiente, yerba y tabaco, buenos caballos y espuelas de plata, merodeaban sobre la frontera esperando la oportunidad de lanzarse al pillaje de las poblaciones.

Los fortines de adobe y zanja, de Nuestra Señora de las Mercedes, San Francisco de Rojas, San Antonio del Salto, San Claudio de Areco, San José de Luján, San Lorenzo de Navarro, San Pedro de los Lobos, San Miguel del Monte, Nuestra Señora del Pilar de los Ranchos y San

<sup>5</sup> CZETZ, *Memorias*, “La Prensa”, 6 de mayo de 1934; la fecha de 1869 es equivocada y debe ser a fines de 1866, ver carta de Mansilla al Capitán Mauricio Mayer, desde Río Cuarto, el 6 de agosto de 1868.

Juan Bautista de Chascomús, estaban en parte desguarnecidos, porque las tropas habían sido retiradas para reforzar el ejército de línea en el Paraguay.

Los salvajes cebados aprovechaban su desamparo para incendiar las estancias, lancear a los paisanos y capturar las mujeres y las haciendas. Pero ignoraban las mínimas reglas de higiene y la viruela, el cólera y la disentería diezaban las tribus.

Eran una repetida amenaza para la seguridad de los colonos y la expansión de los cultivos. En 1870 atacaron Bahía Blanca, en 1872 los partidos de Alvear, 25 de Mayo y 9 de Julio, asesinaron a 300 colonos y se llevaron 500 cautivas y 250 mil cabezas de ganado. Un mes después otro malón atacó el partido de Tandil y capturó 120 mil cabezas, en 1874 asaltaron el pueblo de Azul y las colonias de Emilia y San Justo en la Provincia de Santa Fe. En 1876 devastaron los campos hasta la Cañada de Gómez, lancearon 400 colonos y arrearon 300 mil animales y en 1878 incendiaron las colonias de Pilar, Humboldt, Romana, Iriondo y Ayacucho.

El General Roca calculaba que el número de ganados capturados y llevados a Chile pasaban de 40 mil cabezas anuales, hasta que la campaña del Desierto puso fin a ese vandalaje.

La lucha en la frontera era cruel y alevosa. El 12 de marzo de 1869, el Presidente Sarmiento dispuso el traslado del 12 de Línea, bajo el mando del Teniente Coronel Mansilla, a Río Cuarto, a 10 leguas al Sur de La Carlota y con la orden de avanzar otras 30 leguas en tierra de infieles.

Formaban en esa fuerza Eduardo Racedo, Francisco Borges, Antonino Baigorria, Emilio Gayan y Octavio R. Moreno. Mayer al mando de las Compañías 2ª y 4ª se dirigió a los Cerrillos de La Plata, luego al Paso de los Indios, Pacheuca y Carreta Quemada.

Cambiaba nuevamente el escenario y el clima. Al sur del río Salado, la llanura yerma se perdía en un horizonte amarillento. Aparecían algunos algarrobos y espinillos bati-dos por el viento y sólo se escuchaba el chirrido de los chajás. Las cañadas rodeadas de esparto aliviaban apenas la sed de los rodeos y baguales.

Alrededor de los fortines, perdidos en las llanuras y

protegidos por cercos de palo a pique, con sus mangrullos, capillas y corrales, se refugiaban los pobladores. Simientes de nuevas ciudades, cultivaban unas pobres huertas para alimentarse y alfalfares para la caballada <sup>6</sup>.

El desierto y la pobreza eran penosos. Las poblaciones y las postas eran sólo taperas. Algunos sauces y tunas les brindaban un poco de sombra. Junto a las casas se encontraba el jagual, los corrales para los caballos y las ovejas, los galpones de ramada, los estaqueaderos y bandadas de chiquillos escuálidos. Un foso y los postes de duraznero cerrados con abrojos, servían de caparazón y de defensa.

En el interior con los pisos endurecidos a pisón, las sillas eran cráneos de vaca. Las mesas de madera cortadas a hacha y los catres de tiento eran igualmente frugales. La comida se reducía a carne, apenas verduras y se completaba con el mate y el vino carlón.

Las galeras, con sus postillones, transportaban fatigosamente a los funcionarios y a los mercachifles a través de los guadales, madrigueras y chañares. Pasaban la noche y cambiaban de caballo en las postas, unos ranchos de paja, cubiertos de telas de arañas y vinchucas.

Las secas periódicas envolvían los campos, destruían los rebaños y las ilusiones. El fuego crepitaba a lo largo de la pampa y devoraba pajonales y haciendas.

A pocas leguas, sobre las Salinas Grandes, se levantaban las tolderías de cuero de potro y chalas de maíz, listas para emprender al menor descuido un provechoso malón.

Los recursos eran escasos y los vicios se reducían a yerba, caña, tabaco, hilo, sal y láudano y los proveedores no cumplían siempre con los suministros.

Los milicos se movían de San Bernardo a Payanque y Reducción para evitar que los salvajes se escurrieran furtivamente en busca de yeguas. Atacaban por sorpresa cuando eran más numerosos, la traición les era congénita y la fuga después del primer choque, su táctica habitual.

A grandes distancias era difícil reconocer la identidad de los jinetes. Para evitar emboscadas, la seña era mover el caballo de derecha a izquierda, apearse, montar y luego

<sup>6</sup> LUCIO V. MANSILLA, *Una expedición a los indios Ranqueles*, 1947.

volver a mover el caballo hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

El Coronel Levalle lanzaba su legendaria proclama. "Camaradas de la División del Sur, no tenemos yerba, no tenemos tabaco, no tenemos pan, ni ropa ni recursos, en fin estamos en la última miseria, pero tenemos deberes que cumplir".

Las provincias resistían la hegemonía porteña. Se agolpaba el trágico ocaso del General Urquiza. Enquistado en el palacio San José, planeaba comprar la quinta de José Gregorio Lezama, su agente comercial, y mudarse a Buenos Aires. Habían pasado los años, ya no representaba a las nuevas generaciones y sus comprovincianos, resentidos desde la retirada de Pavón, estaban cada vez más distanciados.

El General Ricardo López Jordán, sobrino del General Francisco Ramírez, era el émulo de arrastre. La noticia de la muerte del Mariscal López facilitó la acción de las fuerzas disidentes, libres de complicaciones internacionales.

Al anochecer del 9 de abril de 1870, el Mayor Robustiano Vera, al frente de una partida de 30 hombres, partió de la estancia de López Jordán sobre el arroyo Grande. Al día siguiente, se le unió el Mayor Nicomedes Coronel, con otra partida de 20 hombres. Bajo el mando del "célebre" Coronel Simón Luengo, llegaron al Palacio San José el lunes Santo. A la oración, el Coronel Luengo ordenó al Mayor Vera que atacara con 20 hombres el cuerpo de guardia. Los demás se precipitaron al galope por el patio, a los gritos de "Viva López Jordán". Al oír el tropel el General Urquiza corrió a sus habitaciones y manoteó un rifle. Pudo hacer algunos disparos, hasta que un tiro del sargento Ambrosio Luna le dio en la cara y cayó en los brazos de su hija Dolores. Allí, para rematarlo, le asestaron 4 puñaladas.

Después de aclamar la muerte "del tirano vendido a los porteños" se retiraron rumbo al Uruguay. Esa misma noche, dos hijos del General, el Jefe de Policía Justo Carmelo y el Jefe del Departamento Coronel Waldino, fueron muertos por otros complotados en Concordia.

El 14 de abril, la Legislatura de la Provincia, reunida

en Concepción del Uruguay, nombró Gobernador al General Ricardo López Jordán. Éste, al prestar juramento, deploró que “los patriotas que se decidieron a salvar las instituciones, no hubieran hallado otro camino que la ilustre víctima que se inmoló”.

El atentado conmovió al país, estallaba otra vez la barbarie. El Presidente Sarmiento, por el decreto del 25 de abril, calificó de rebelde a López Jordán, el 2 de mayo declaró la Provincia de Entre Ríos en estado de sitio y dispuso que el 12 de Línea se trasladara desde la frontera de indios a Paraná.

Se encendió una porfiada lucha de guerrillas entre el ejército nacional y las partidas de López Jordán, ocultas en las cuchillas. Los encuentros eran intermitentes y sangrientos. El General Conessa venció a López Jordán en la batalla del Sauce el 20 de mayo, el General Racedo en el encuentro de Villa Urquiza el 3 de agosto y el General Rivas en Santa Rosa el 10 de octubre de 1870 <sup>7</sup>.

Formaban parte del ejército Luis María Campos, Eduardo Racedo, Joaquín Viejobueno, Nicolás Levalle y José Ignacio Oría.

En uno de esos entreveros fue herido de un lanzazo y asistido en una estancia de los Brugo. Esta era una familia genovesa, dueña de grandes almacenes, estancias y caderas, una explotación altamente redituable en esa época, con puerto propio.

La colonia genovesa monopolizaba prácticamente el tráfico de los ríos, el comercio en el río Paraná hasta el Paraguay y Corumbá y adelantaba fondos al Gobernador de la Provincia con hipoteca sobre la Casa de Gobierno.

Exportadores e importadores, desde puerto Brugo a 30 kms. al norte de Paraná, sus veleros zarpaban hacia Génova con cargamentos de cueros, huesos y plumas de avestruz, y traían de retorno cocinas económicas, ollas, sartenes, hachas, serruchos y cuchillos. El viaje redondo duraba tres meses y unos años después sumaron a su flota el primer barco a paletas, tipo Mississipi, el “Venezia”, y luego el “San Martín”, con timón automático.

<sup>7</sup> MARÍA ESTER MASSIMINO, *Una personalidad relacionada con La Plata*. Mauricio Mayer, Conferencia pronunciada en el ciclo Cien años de La Plata, organizado por el Museo y Archivo Dardo Rocha, La Plata, 26 de junio de 1981.

El 13 de septiembre de 1870, el General Álvaro Barros comunicó al Jefe del Batallón 12 de Línea, Coronel Eduardo Racedo, que había concedido licencia al Mayor Mauricio Mayer, para casarse con la señorita Angela Brugo.

El 31 de diciembre de 1870, en la Santa Iglesia Catedral de Paraná, el Deán Juan José Álvarez consagró con Marcha Nupcial y pompa provinciana, el matrimonio del Mayor Mauricio Mayer con la señorita Angela Brugo, fueron sus padrinos José Brugo y Benita Palma.

El casamiento le impuso un cambio de afanes. Pronto unido a su familia política, abandonó las campañas militares por las empresas navieras e industriales.

El 1º de octubre de 1871, entró a formar parte, junto a su cuñado José Brugo, de la sociedad Ángel Brugo e hijos, con escritorios en la calle Industrias 101, 103 y 105 de Paraná y en la calle Venezuela 54 de Buenos Aires.

Gracias a la paz y a la apertura de los ríos, los negocios se desarrollaban con excelentes ganancias, crecían las artesanías, el comercio y el tráfico fluvial con la Asunción, Rosario, Paraná y Buenos Aires.

Sus actividades eran múltiples. El 30 de enero de 1872 fue designado Miembro Honorario del Consejo Escolástico del Nuevo Colegio Sudamericano, de la calle Monte Caseros N° 16, y el 2 de noviembre el Ministro de Guerra Martín de Gainza le confirió el uso de la medalla por haber formado parte del Ejército, en la campaña del Paraguay.

Cambiaba el ambiente. El 12 de octubre de 1868 había concluido la trágica presidencia del General Mitre y el ejército impuso la candidatura presidencial de Sarmiento. Pero las secuelas de la guerra del Paraguay eran dolorosas.

Las miasmas traídas por los barcos del Brasil, fermentadas en los osarios del Paraguay, "el aire de Tuyutí", y en los saladeros del Riachuelo, engendraron una terrible epidemia, según el diagnóstico de Eduardo Wilde "de la verdadera y mejor calidad".

El cólera de 1867 había sido un anuncio. Los primeros casos de fiebre amarilla aparecieron en el barrio de San Telmo al comienzo de febrero de 1871 y crecieron dramáticamente. El 14 de febrero, el gobierno suspendió

la faena de los mataderos, el 5 de mayo clausuró la Universidad y los establecimientos de enseñanza, el 7 ordenó la quema de las basuras. El 14 nombró una comisión popular presidida por Roque Pérez, para apoyar los auxilios.

La ciudad fue evacuada, los establecimientos públicos cerrados, se declaró feriado desde el 11 de abril al 15 de mayo y se ubicó un cordón sanitario en San Nicolás. Se apresuró la construcción de un hospital general de hombres, se dispuso tender un camino de hierro hasta el nuevo cementerio de la Chacarita y abrir un asilo de huérfanos.

Los que pudieron abandonaron la ciudad. Familias enteras desaparecían, los médicos no alcanzaban para atender las víctimas. El cuadro de Blanes es un ilustrativo testimonio. Lentamente, con los fríos y las medidas de higiene, la fiebre retrocedió hasta desaparecer a fines de julio. Dejó 16 mil muertos y el país en crisis <sup>8</sup>.

Otro sería su destino. El hechizo de las minas de oro descubiertas en California el año 1848 y la explotación de los yacimientos de cascalho, unas vetas de brillantes que se explotaban en el sur del Brasil, sedujeron a los empresarios argentinos.

El Coronel de Artillería Francisco Wisner de Morgens-tern, del ejército paraguayo, había informado a sus superiores que en una expedición realizada en el año 1854 a los cerros de Maracayú, para levantar unos mapas, encontró en la ladera de la sierra una veta de cascalho de un ancho de 25 mts. y 2,50 mts. de espesor. Al proceder al lavado de 18 libras de esos materiales, había obtenido una onza de oro y unos pequeños brillantes y calculaba que con 20 peones se podían extraer de 20 a 50 onzas diarias. Entusiasmado comenzó a buscar socios para una empresa que prometía ganancias fabulosas <sup>9</sup>.

Los protagonistas de esa generación estaban imbuidos

<sup>8</sup> LINA BECK-BERNARD, *Cinco años en la Confederación Argentina*, 1935, 79; CZETZ, *Memorias*, "La Prensa", 6 de mayo de 1934.

<sup>9</sup> Informe del Directorio de la Sociedad Anónima de Minerales en las serranías de Amambay y Maracayu en el Paraguay a los accionistas, 1877; empresa de minerales, cristales y piedras preciosas en las serranías de Amambay y Maracayu, concesión del gobierno del Paraguay a favor de los señores Mauricio Mayer y Lucio V. Mansilla, 1877; Sociedad Anónima de minerales en las serranías de Amambay y Maracayu en el Paraguay, informe del Directorio para la Asamblea General de Accionistas del 30 de enero de 1878; JORGE M. MAYER, *Una expedición al Chaco paraguayo en 1877*, "Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas", t. XI, 1982.

por el espíritu de aventura, querían construir un gran país y veían en sus llanos y en sus sierras un futuro magnífico. El joven militar pudo quedarse en Buenos Aires y administrar cómodamente y sin preocupaciones las empresas navieras de su familia, en cambio prefirió lanzarse a una arriesgada odisea en las lejanas soledades de las selvas chaqueñas.

El lugar era remoto, al noroeste de la Asunción. El paso preferible era el de Ñanducaray, a 7 leguas de Igatimí, a 13 leguas de Curuguayty y a 43 leguas del Fortín de San Francisco.

La primera exploración fue iniciada a fines de 1876 y dirigida por Mauricio Mayer, Lucio V. Mansilla, el Coronel Francisco Wisner y Federico de Scherff, a cargo de la parte técnica. El 28 de enero de 1877, el Presidente del Paraguay, Juan B. Gil, recomendó a las autoridades que prestaran todos los auxilios posibles a los expedicionarios.

En tres carretas con 30 bueyes de dotación, llevaban tiendas de campaña, armas, herramientas, víveres para 4 meses, 30 caballos y 20 reses vacunas para el consumo.

La travesía por tierras arenosas fue difícil. Debieron rellenar las zanjas para que pudieran cruzar las carretas y abrir picadas en la selva, con la ayuda de los indios.

Después de 3 meses lograron acampar en Igatimí, cerca del río Jejuy, un afluente del Paraná. Luego de una rápida exploración regresaron para consolidar los derechos de la concesión y preparar una explotación formal.

El volumen que adquiriría la empresa y la importancia de los trabajos convencieron a los expedicionarios de que era preferible organizar una sociedad e interesar a los capitalistas paraguayos.

El Congreso paraguayo, por la ley del 8 de junio de 1877, otorgó a los señores Mauricio Mayer y Lucio V. Mansilla, asociados al Coronel Wisner, la concesión para la exploración de las sierras de Maracayú y Amambay y la explotación de toda clase de minerales, cristales y piedras preciosas.

La "Sociedad Anónima de Minerales en las serranías de Amambay y Maracayú", se constituyó en el hotel La Paz de Buenos Aires el 15 de julio de 1877, con un capital

de 200 mil pesos. Los estatutos fueron aprobados con la firma del Gobernador Carlos Casares y su Ministro Vicente G. Quesada.

Sus primeros accionistas fueron Alfredo Nestler, Antonio Tarnassi, Antonio Marechal, Adolfo Obregón, Antonio Mesa, Benjamín Zorrilla, Belindo Soaje, Bernardo Iturraspe, Benito Wehely, Carlos A. D'Amico, Carlos Llambi, Carlos A. Mansilla, David Argüello, Eduardo Wilde, Enrique Peña, Federico Woodgate, Francisco Cordero, Federico Benelisse, Gregorio Gastaldi, Guillermo Woodgate, Ignacio Firmat, Juan B. Godoy, Juan P. Lynch, Juan Laborde, Leónidas Echagüe, Lorenzo B. Trant, Lisandro Olmos, Lucio V. Mansilla, Luis D. Chapeaurouge, Mauricio Mayer, Miguel G. Fernández, Prudencio Rosas (hijo), Pablo Tarnassi, R. Videla y Santiago y Tomás Nocetti.

La sociedad llegó a contar con 800 accionistas, entre otros Jacinto Aráoz, Carlos Alurralde, Nicolás Avellaneda, Alejo Arocena, Adolfo Alsina, Mariano Acosta, Marcos Avellaneda, Lorenzo Balcarce, Idelfonso Benegas, Carlos Casares, Miguel Cané, Juan Francisco y Adolfo Decoud, Victorino de la Plaza, Samuel B. Hale, Francisco López Lecube, Enrique Lanusse, Edelmiro Mayer, Agustina Mansilla, Ildefonso y Francisco Machain, Miguel Navarro Viola, Carlos Pellegrini, Adán Pearson, Julio Pueyrredón, Dardo Rocha, José Ruiz Moreno, Carlos Saguiet, Pedro Uriburu, Marcelino Ugarte, Benjamín Victorica y Rufino Varela.

El primer Directorio estuvo formado por Alejo Arocena como presidente, Bernardo Iturraspe, Vicepresidente, Federico Woodgate, Prudencio Dupont, Ignacio Firmat y Santiago Nocetti, Vocales y Lucio V. Mansilla, Gerente.

La segunda expedición fue emprendida por el Coronel Wisner, el 1º de agosto de 1877. La casa Brugo puso a su disposición el vapor "Venezia", los galpones y los patachos, para llegar hasta la Asunción. Allí el equipaje fue cargado en 5 chatas y en 13 carretas, con provisiones para 6 meses, más 600 cabezas de ganado en pie.

Contaba con 86 hombres y 20 mujeres, la marcha se inició el 26 de agosto y el 29 llegó cerca de Tobaty. Las condiciones de vida eran penosas, la alimentación se redu-

cía a galleta, carne y arroz. El calor pasaba de 38 grados a la sombra, llovía constantemente. El chucho y las fiebres consumían a los expedicionarios.

Instalaron el centro de operaciones sobre el arroyo Iгатimí. Debieron comenzar por construir una represa en el arroyo Bolascué en la falda de la sierra de Maracayú, en un terreno de cascajo supuestamente aurífero.

Antes de construir la represa los expedicionarios buscaron en los riachos las vetas de oro. Pero sólo encontraron chispas dispersas a grandes distancias y consideraron que no había materiales auríferos en cantidad suficiente para una explotación comercial.

El Coronel Wisner insistió en que se realizara una tercera expedición. Ésta partió de la Asunción el 31 de diciembre en 4 chatas y llegó a San Estanislao el 6 de enero de 1878.

Calculaban iniciar el lavado de cascajo en gran escala en el mes de mayo. Las tierras metalíferas eran extraídas por los peones con bateas y el agua hasta la rodilla, pero las lluvias cubrían las zanjas y los pozos.

El estado de salud era deplorable, la mayor parte del personal se enfermaba y algunos morían. El médico Cándido Teller trataba a los enfermos con aceite castor y quinina cuando se conseguía.

Los informes eran contradictorios. El Ingeniero Felipe Wileman sostenía que sólo aparecían chispas de oro, y apenas contenían 2 onzas por cajón, cuando se necesitaba extraer por lo menos 100 gramos, para lograr una cantidad rentable. Los pozos practicados bajo la dirección de Eduardo Dimet en las orillas del arroyo Jejui solo produjeron marmalla.

El Coronel Mansilla creía que las arenas de aluvión en la zanja Soro contenían oro y pidió a Buenos Aires una perforadora, con 4 barrenos, para sondear hasta 40 metros.

Los expedicionarios se desalentaban. El Coronel Wisner quería en cambio que se prosiguieran los trabajos, hasta que sucumbió víctima de la fiebre el 29 de abril de 1878. El Coronel Mansilla, en el informe del 1º de diciembre, insistía en la existencia del oro, pero que era necesario contratar ingenieros especializados y un instrumental moderno para extraerlo.

Eduardo Morice, H. C. Edwards y George Brosten le confirmaron que no se encontraban materiales auríferos en cantidad suficiente. La expedición se dio por terminada. El sueño se había disipado, el Paraguay no sería una nueva California.

Volvió a la dirección, más sedante y positiva, de la empresa naviera de Brugo y Mayer, dedicada principalmente al tráfico marítimo, en la cuenca del Plata. Esa empresa se fusionó años después con la de Nocetti y Cía., para formar el Lloyd Argentino, que pasó luego a manos de Nicolás Mihanovich y posteriormente a la Royal Mail, hasta que fue adquirida por los hermanos Dodero e integró finalmente las Líneas Marítimas Argentinas.

Se desvanecían las pesadillas de la guerra del Paraguay y de la fiebre amarilla. Después de la turbulenta presidencia de Sarmiento (1868-1874), la conciliadora presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880) fue un remanso alentador, apenas interrumpido por las dos insurrecciones porteñas de 1874 y de 1880.

El país crecía con redobladas energías. En el año 1876 se arraigaron los poblados de Lincoln, Balcarce, Brandsen, Colón y General Conessa y en 1877 los pueblos de Merlo, Magdalena, Olavarría, Junín, Bolívar y Necochea. Se construían los primeros caminos de macadan, con 10 metros de ancho, un tranvía a sangre corría de la Boca a Barracas y otro hasta Floresta. Pero no fue posible rematar las tierras fiscales de Tres Arroyos, por la amenaza de los indios.

La conquista del Desierto fue el acontecimiento más trascendente de la historia argentina. Los malones devastaban los campos del sur e impedían la radicación de los colonos y algunos funcionarios chilenos proyectaban invadir la Patagonia <sup>10</sup>.

Ante ese panorama el Presidente Avellaneda, el Ministro de Guerra Adolfo Alsina y los Coroneles Conrado Villegas y Nicolás Levalle y los Comandantes Lorenzo Winter, Antonio Donovan y Teodoro García iniciaron, en 1876, la campaña del Desierto para abrir a la civilización y a los pioneros las tierras patagónicas. Alsina se enfermó,

<sup>10</sup> ESTANISLAO ZEBALLOS, *La conquista de quince mil leguas*, 1878; JUAN CARLOS WAHLTER, *La conquista del desierto*, 1974.

volvió a Buenos Aires y murió el 29 de diciembre de 1877. El 11 de octubre de 1878 el Presidente Avellaneda promulgó la ley 954 que creó la Gobernación del Territorio de la Patagonia y el 12 designó Gobernador al Coronel Álvaro Barros.

El 23 de abril de 1879, bajo la dirección del Ministro de Guerra, General Julio A. Roca, y los Coroneles Eduardo Racedo, Nicolás Levalle, Napoleón Uriburu, Hilario Lagos, Enrique Godoy, Lorenzo Winter, Leopoldo Nelson y Teodoro García, partió una nueva expedición desde Carhué hacia Río Negro. El 9 de abril de 1881, el Coronel Conrado Villegas llegó al lago Nahuel Huapi.

Sus consecuencias fueron vitales, duplicó la superficie civilizada del país, brindó 30 millones de hectáreas para los cultivos y afianzó la seguridad de las poblaciones. Los beneficios aparecieron inmediatamente, se asentaron nuevos pioneros y se roturaron otros campos.

Los arados de hierro desfloraban los campos vírgenes, los alambrados de Newton cuadrículaban la pampa y cortaban el paso a los indios y a los cuatros.

La tarea de modernizar al país era difícil, exigía un rumbo claro y grandes esfuerzos. La falta de seguridad, los desiertos, con sus sombras y celadas, desalentaban a muchos colonos. Debían afrontar una naturaleza hostil, las desesperantes sequías y el incendio de los campos, los ariscos aduares y las mañas de los caudillos caseros, dueños de vidas y haciendas.

En medio del remolino de los entreveros, las lanzas y los remingtons, la seguridad, como lo comprendió el General Roca, fue la condición insoslayable del progreso social y económico.

En 1853, el Ingeniero Carlo Henrique Pellegrini ideó un nuevo balde volcador, las primeras trilladoras aparecieron cerca de Rosario en 1858, en 1860 llegaron los arados de rejas múltiples y las segadoras, en 1868 las trilladoras a vapor.

Los ferrocarriles fueron un excepcional instrumento de progreso político y económico. Se creyó que asegurarían para siempre la paz, la comunión y el bienestar de los pueblos.

Engendro de la caldera de vapor y del carbón, los

proyectos comenzaron en Inglaterra por el año 1802. Los utilizaron rápidamente Francia, Alemania, Austro-Hungría, Italia y España. En 1850 los rieles tendidos en Europa llegaban a 35 mil kilómetros. Se construyeron puentes y se perforaron montañas.

Más hicieron por el futuro de América, Stephenson y Fulton, las locomotivas y los steamers, que las lanzas de los rapaces conquistadores.

En 1856 se inauguró el ferrocarril de Montreal a Vancouver, en 1870 el ferrocarril que unía Bombay, Delhi y Calcuta y en 1891 el Transiberiano. Luego se iniciaron los servicios del Expreso de Oriente, de Berlín a Constantinopla y Bagdad y el Central Pacific Railway en los Estados Unidos.

Disiparon el aislamiento en que dormitaban las aldeas del interior, afirmaron la seguridad civil y facilitaron el transporte de las cosechas. Concluyó el prestigio beduino de los caballos. Unieron al país con más fuerza que muchas leyes.

El gobierno de la Provincia de Buenos Aires emprendió la construcción del primer ferrocarril, el Ferrocarril Oeste, en 1854, con la histórica locomotora "La Porteña" que circulaba del Parque hasta Floresta y a través de los años continuaría hasta Arrecifes y 9 de Julio. Todavía en 1860 llegaron 7.400 carretas al mercado de Constitución con su cortejo de guitarras y fogones <sup>11</sup>.

En 1855, bajo la dirección del Ingeniero Juan Campbell, se inició la epopeya del Gran Central Argentino, que debía extenderse de Rosario a Córdoba y luego a Las Horquetas en Catamarca, para atravesar después la Cordillera por el paso de San Francisco, hasta llegar al valle de Copiapó y realizar el sueño de Rivadavia.

Eduardo Lumb proyectó en 1863 el Ferrocarril Sur o Buenos Aires Great Southern Railway, en dirección a Chascomús y Dolores. En 1874 se iniciaron los trabajos del Ferrocarril Central Norte entre Córdoba y Tucumán y en 1887 los trabajos del Ferrocarril Transandino.

Fue la fiebre de los ferrocarriles, que integraron y engrandecieron al país, comunicaron las capitales de Salta,

<sup>11</sup> MARIO JUSTO LÓPEZ, *Historia de los ferrocarriles de la Pcia. de Buenos Aires 1857-1886*, 1991.

Córdoba, San Luis, Mendoza y San Juan, multiplicaron la producción y el valor de los campos.

Los progresos técnicos influyeron decisivamente sobre las formas sociales. Las calderas a vapor permitieron la travesía de las grandes masas de inmigrantes en los steamboats, con mayor rapidez y seguridad que los viejos veleros y substituyeron el trabajo manual de los peones y de los esclavos en las nacientes industrias.

Las locomotoras suplantaron a las carretas, el viaje de Salta a Buenos Aires, que tardaba 3 meses en carreta, y el viaje en galera de Buenos Aires a Mendoza, que se detenía en 22 postas, se redujeron a unos pocos días.

Thomas Duguid, Eduardo Lumb, Daniel Gowland, George White, Samuel Lafone, Guillermo Wheelwright y Eduardo Casey fundaron las grandes compañías de tierras, la Santa Fe and Córdoba Great Southern Land Company, la Argentine Land and Investment Company, la Curumalal Land Company, La Compañía de Tierras, Maderas y Ferrocarriles La Forestal.

Fue una época fervorosamente creadora, para los ciudadanos planear empresas o desbrozar campos era un mérito. De vida austera, íntimamente honestos, no se creían hechiceros, ni sospechaban que el gobierno pudiera ser una fuente de enriquecimiento personal.

Las fortunas se hacían trabajando. El bienestar fluía caudalosamente por todos los sectores. Se poblaban los campos, se iniciaban nuevas artesanías, mejoró la alimentación, el vestuario y el nivel cultural.

Es un error hablar de una oligarquía, en pueblos que recién emergían de las sencillas aldeas patriarcales, de hombres hechos al trabajo y a la lucha, templados por las campañas de la Independencia y las guerras civiles. Nacidos en hogares virtuosos, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Plaza y sus colaboradores sobresalían por su carácter y sus aciertos.

Es doblemente absurdo calificar despectivamente de oligarquía vacuna a los pioneros que se internaban en los desiertos, a lomo de caballo, para poblar estancias, entre el sol y los aguaceros, en una lucha felina con indios y salteadores.

La encrespada marea de agricultores, ganaderos y

artesanos, con el polifónico coro de sus trabajos en las praderas y en las sierras de la República, fue la magnífica palanca del progreso.

En 1878 Mariano Zambonini tendió el primer alambrado de púas. El mismo año, Miguel Nicolás Lanús introdujo el primer molino a viento modelo Corcoran, que suministró agua abundante para los rodeos y transformó las explotaciones rurales.

En 1872 se abrió el primer frigorífico "River Plate Co." en Campana. El mismo año fundó "Le Frigorifique", para cargar las carnes congeladas, según el procedimiento del Ingeniero Tellier. El envío inicial fracasó, pero poco después, "Le Paraguay" enfriado con el nuevo sistema Carré-Junien de congelación por el amoníaco tuvo éxito.

En 1878 se formó la "River Plate Fresh Meat Company" y en 1884 se abrió "La Negra" en Avellaneda. Luego en Zárate el "Smithfield and Argentine Meat" y en el puerto de Colón el "Liebigs".

La exportación de trigo subió de 1.165 toneladas en 1880 a 327.394 en 1890. En 1880 se embarcaron 15.032 toneladas de maíz y en 1890 más de 707.000, el lino creció de 80.000 toneladas en 1890 a 223.000 en 1900.

Las cosechas, cada año más voluminosas, pudieron ser holgadamente distribuidas. El telégrafo y las carabinas Remington permitieron detener los malones y las asonadas de los caudillos.

Los ovinos aumentaron de 23 millones a 70 millones en 1888; los vacunos de 10 millones a 22 millones entre las mismas fechas.

La exportación de cueros vacunos pasó de 2,7 millones en 1880 a 3,4 millones en 1890 y la exportación de cueros ovinos bajó de 29 toneladas en 1880 a 27 toneladas en 1890.

Las tierras subieron rápidamente de valor, la legua cuadrada de campo valía 3 mil pesos, las explotaciones agropecuarias rendían el 10 % anual, más su constante alza.

El número de establecimientos rurales pasó de 44 mil en 1888 a 180 mil en 1895. Los primeros cargamentos de trigo se embarcaron a Bélgica en 1872 y para Inglaterra

en 1874. El valor de las exportaciones subió de 62 millones de pesos oro en 1880 a 402 millones en 1914.

Los pajonales salobres se transformaban en trigales, los esteros en arboledas y alfalfares. Brotaban boliches, almacenes de ramos generales, acopiadores, consignatarios, ferieros, veterinarios, mecánicos y esquiladores, se levantaban en los desiertos insólitos castillos Tudor.

Aun en medio de esa euforia rural, el joven militar no olvidaba los proyectos mineros. El 6 de agosto de 1879 formó una sociedad con Enrique Puck, Prudencio Dupont, Alejandro Valdez y Rosas, David Alberti, Lucio V. Mansilla y R. R. Pealer para explotar una mina de cobre y de plata, cerca del pueblo de Candelaria, en las inmediaciones de los ríos Paraná y Aguapé.

La capitalización de la ciudad de Buenos Aires y la nacionalización de la Aduana tuvieron consecuencias económicas y políticas fundamentales. Después de Sarmiento, un provinciano aporteñado, el Presidente Avellaneda, otro provinciano, acentuó la influencia del interior.

Para el nuevo período presidencial, que se abría el 12 de octubre de 1880, las provincias proclamaron candidato a un tucumano, el General Julio A. Roca, educado en el colegio de Concepción del Uruguay y Teniente de Artillería en los ejércitos nacionales en Cepeda y Pavón, que tan cumplidas pruebas había dado de su talento militar y su habilidad política.

Las provincias de Buenos Aires y Corrientes propusieron la candidatura de Carlos Tejedor, un típico porteño, dispuesto a defender hasta el fin los privilegios del feudo.

Los porteños, que habían perdido el control del gobierno nacional al caer Rosas en Caseros, y lo habían recuperado gracias al General Mitre en Pavón, comprendieron que con el General Roca, exponente nato del interior, perderían para siempre el manejo de la Aduana y del papel moneda, su derecho de pernada sobre el comercio exterior.

Clamaban los diarios locales que con Roca volvería el cintillo punzó, era como el General Urquiza, en los tiempos de la Confederación, "una amenaza de muerte para el pueblo de Buenos Aires". Lo describían bajo los

ragos de un cacique emplumado y su candidatura era otra prueba del "odio implacable a Buenos Aires".

El diario "Buenos Aires", que defendía la candidatura de Tejedor, exponía la doctrina saladerista, la soberanía de Buenos Aires "era intocable", no podía permitirse que se la despojara. Las aduanas del Litoral podían cobrar los derechos que quisieran, pero la de Buenos Aires pertenecía exclusivamente a la provincia. Volvía a proclamar la secesión: "nuestro antiguo rango debe ser recuperado".

Perdida la elección, los porteños, antes de renunciar a sus privilegios, se sublevaron igual que en 1826, en 1852, en 1860 y en 1874. Si cedían, clamaban las manifestaciones, "adiós la Aduana, adiós el Banco, adiós al Obispo".

El Ejército Nacional se impuso en los combates de Barracas y Puente Alsina, el 20 y el 21 de junio. Sin perder tiempo, los presidentes Avellaneda y Roca hicieron sancionar, el 20 de septiembre de 1880, la ley 1029, que convirtió al municipio de la ciudad de Buenos Aires en capital de la República. Para los porteños, era como la Lorena francesa, pisoteada por las botas de los soldados prusianos.

La llegada del General Roca y sus chinos al gobierno, a los 37 años de edad, marcó el cambio institucional. El gobierno pasó a manos de los provincianos y comenzó a actuar otra generación de jóvenes poco conocidos, cultos y emprendedores. Fue una vuelta de campana, cambiaron los hombres y las políticas. El monopolio porteño de la Aduana se disipó y el país quedó finalmente unido.

En 1880 el presupuesto del gobierno nacional era de \$ 18.479.000 y el de la Provincia \$ 131.907.000 y en 1885 el presupuesto del gobierno nacional subió a \$ 43.080.000 y el de la Provincia se redujo a \$ 13.395.000.

El programa del nuevo gobierno se sintetizó en la fórmula "Paz y administración", entre los ministros figuraban Bernardo de Irigoyen (1822-1906), Carlos Pellegrini (1846-1906), Victorino de la Plaza (1841-1919), Eduardo Wilde (1844-1913), Benjamín Paz (1836-1902), Francisco J. Ortiz (1836-1933) y Santiago Cortinez (1830-1886).

El gran conflicto, la rivalidad entre Buenos Aires y el interior por el monopolio de la Aduana, que había ensangrentado al país, quedaba resuelto.

Por más de 30 años gobernaron al país unos elencos cultos y realistas, algo patriarcales, que lo condujeron firmemente por las vías del progreso material y cívico.

Se basaron en unos pocos parámetros claros y eficaces. El primero era la fe en el progreso y en el futuro del país, el segundo la educación de las masas iletradas, el tercero la elección de los funcionarios por su capacidad para el mejor cumplimiento de las tareas, el cuarto la protección de las empresas de los argentinos, como base del bienestar general, el quinto la prudente administración del Estado y de los fondos públicos y el sexto la defensa de la libertad frente a los desmanes de los caudillos.

En su esencia era la realización literal de la filosofía expuesta en el Preámbulo de la Constitución, "afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino".

Los nuevos protagonistas habían sufrido la opresión del estatismo borbónico, de los monopolios oficiales, los tormentos de la tiranía, y con un criterio realista y concreto, la razón contra las quimeras, quisieron liberar al país de esas plagas y lo consiguieron en sus días con un éxito ejemplar.

Ese programa de gobierno impulsó a toda la sociedad, logró por muchos años la prosperidad de los pueblos y marcó el camino para las futuras generaciones. Entre los indios y los páramos a nadie se le ocurría pensar que la Argentina fuera un país subdesarrollado.

Es claro que el gobierno republicano es aquél que se ejerce por un reducido número de funcionarios a favor del pueblo y gobierno borbónico es aquél que se ejerce por una casta política para su exclusivo beneficio y en detrimento del pueblo.

Los hombres del 80 tuvieron una vocación casi sacerdotal por su misión. No se hacían fortunas en la política, a menudo las perdían en el servicio del país.

No fueron conservadores, sino todo lo contrario, revolucionarios y transformadores. Demolieron un pasado de ignorancia, inseguridad y atraso, eliminaron los viejos ca-

ciques y las instituciones fosilizadas. Se pasó de las Leyes de Indias al Código Civil. Enseñaron a los pueblos a leer. Los alambrados reemplazaron las cercas de cinacinas, las lamparillas eléctricas a las velas de sebo, los ferrocarriles a las carretas, el telégrafo a los chasquis.

Impulsada por el movimiento del puerto, por el orden y por la paz, por los inmigrantes que se apretaban en sus puertas, la aldea crecía. El pueblo de adobe se convirtió en una rumorosa ciudad de ladrillos. Nuevos edificios de 2 y hasta de 3 pisos, los loteos, las grandes tiendas y las incipientes industrias le insuflaban una nueva vida.

La población de la ciudad de Buenos Aires, el puerto de arribada, subió de 400.000 habitantes en 1880 a 665.000 en 1895, y a 1.575.000 en 1914. El 50 % eran extranjeros. En 1895 el 25 % de la población había nacido en el exterior, de 1857 a 1938 llegaron 3.500.000 inmigrantes.

Los empresarios y especuladores de tierras Aarón Castellanos, Augusto Brougues, Esteban Rams y Rubert, Charles Beck-Bernard y Achille Herzog-Berri fundaban colonias en los campos transfigurados.

En 1855 el Coronel Olivieri fundó la Nueva Roma en las afueras de Bahía Blanca y Aarón Castellanos fundó la colonia Esperanza con vascos, saboyardos y suizos. El General Urquiza estableció la colonia San José, Richard Foster la colonia San Gerónimo y después verdearon las colonias de San Carlos, San Juan, Santa María, Rafaela, Candelaria, Cavour y San Justo en homenaje al General.

Disuelto el gobierno de Buenos Aires, la nueva Legislatura un poco por persuasión y algo por fuerza, sancionó el 27 de noviembre de 1880 una ley refrendada por el Gobernador Juan José Romero (1841-1915) y sus ministros Carlos D'Amico (1839-1917) y Mariano Demaría (1842-1921), por la cual cedía el municipio de Buenos Aires, para capital de la República.

Se pensó dar a la Provincia por capital los pueblos de Belgrano, San Fernando, Quilmes o Zárate. Luego surgió el plan de fundar la ciudad de La Plata en la Ensenada, más asequible para establecer un centro marítimo, la vieja propuesta de Wheelwright<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> JUAN BAUTISTA ALBERDI, *La vida y los trabajos de William Wheelwright en la América del sur*, "O. C.", t. VIII, 120.

El 29 de diciembre de 1880 el Gobernador Juan José Romero (1841-1915) y su Ministro de Hacienda Mariano Demaría, designaron a Mauricio Mayer miembro del Directorio del Ferrocarril Oeste, una pionera empresa provincial, destinada a impulsar la explotación de los campos de esa región. Lo acompañaban en el Directorio Faustino Jorge, Amancio Alcorta, Delfín Gallo, Gregorio Torres, Francisco Uriburu, José Gregorio Berdie, Segismundo Niebuhr y Antonio Llambí<sup>12 bis</sup>.

Cambiaba la vida de la Provincia de Buenos Aires. El 1º de mayo de 1881, la Asamblea Electoral presidida por Juan B. Alberdi nombró Gobernador a Dardo Rocha (1838-1921) y éste a su vez eligió para Ministro de Gobierno a Carlos D'Amico (1839-1917), de Hacienda a Francisco Uriburu y Director General de Escuelas a Mariano Demaría y nombró a Mauricio Mayer Administrador General de los Ferrocarriles de la Provincia.

Dos metas fundamentales inspiraban al nuevo Gobernador. La primera era construir los ferrocarriles que permitirían la fundación de los nuevos pueblos, el traslado de los colonos y el transporte de las cosechas. Su ambición era tender un kilómetro de rieles por día.

La segunda era levantar en los campos vacíos la nueva capital de la Provincia, con el nombre de La Plata, que sugirió Alberdi.

Los ferrocarriles fueron el gran instrumento de progreso en esos años. Revolucionaron las escalas de las distancias y de los tiempos. Los interminables viajes del interior al Puerto, se redujeron a días y horas. Rompieron las fronteras feudales y el aislamiento que dividía los pueblos, expandieron las industrias y el comercio, la cultura y elevaron el nivel de vida.

Así, los nuevos pioneros tendieron intrépidamente los rieles a través de los desiertos y de las marismas, entre el polvo de los pamperos y el ulular de los indios.

Por añadidura, edificar una ciudad en los campos desolados, cuando el país apenas salía de un atolladero, era una tarea ciclópea, pero se cumplió.

Protegida por la naciente seguridad, la pampa se po-

<sup>12 bis</sup> MARÍA ESTHER MASSIMINO, *Dos personalidades relacionadas con La Plata, Nicolás Achával y Mauricio Mayer*, Museo y Archivo Dardo Rocha, 1981.

blaba. Surgían los pueblos de Tapalqué, Pergamino, Chivilcoy, Maipú, Tres Arroyos, Baradero, Suipacha, Mercedes, Monte, Carmen de Areco y una ley del 15 de mayo impuso la obligación de alambrar las estancias, abrir los caminos vecinales y construir previsoramente servicios de agua corriente en los pueblos.

Las tranqueras afirmaron el derecho de propiedad de los colonos sobre sus parcelas y condenaron el cuatrerismo.

Las nuevas olas de inmigrantes rebasaban sobre los campos y las sierras, de 32.934 en 1869, llegaron a 76.932 en 1873, a 108.722 en 1885, a 260.969 en 1889 para llegar a 302.249 en 1906 y a 421.599 en 1910, la fiesta del Centenario.

El Gobernador Rocha ordenó al Departamento de Ingenieros que preparara los planos de la nueva ciudad. Mauricio Mayer, gracias a su relación con Rocha, Carlos D'Amico y Eulogio Enciso (1828-1906) los convenció de que las calles de la nueva ciudad fueran numeradas, como en Filadelfia, considerada entonces la más moderna ciudad norteamericana. Para satisfacer las necesidades de las nuevas construcciones, trajo de Europa el primer horno para la fabricación de ladrillos, que hasta esa fecha se elaboraban a mano, con varias máquinas que llegaban a quemar 25 mil ladrillos por día.

El Ministro del Interior, Bernardo de Irigoyen, le agradeció, el 13 de marzo de 1882, la rebaja del 25 % que la empresa Mayer y Brugo había concedido a los pasajes de ida y vuelta a la Asunción.

El Presidente Roca y el Ministro de Hacienda Juan José Romero dictaron el decreto del 26 de marzo, encomendando a una Comisión el estudio de los artículos exhibidos en la Exposición Continental, abierta por iniciativa del Club Industrial Argentino en la plaza Miserere, unos días antes.

Los puntos del estudio que se proponía en el decreto ilustran las doctrinas económicas de esa época.

Esos puntos eran los siguientes: 1) enumeración de los productos e industrias argentinas exhibidas en la Exposición; 2) clasificación de las industrias principales y más importantes con relación: a) la cantidad, abundan-

cia y valor de los productos; b) a la utilidad de los mismos; c) su influencia en el mejoramiento social; 3) clasificación de los productos industriales con respecto: a) a las materias primas que empleen producidas en el país; b) a las materias empleadas que se introduzcan del exterior; c) el número de obreros y empleados que su producción exigía y horas de trabajo continuo o interrumpido; 4) a las maquinarias que se usen en su producción, especificando el país en que se han construido; 5) valor comparativo entre el precio de venta en el mercado consumidor de los productos nacionales y los similares importados del exterior; 6) costo primitivo de las materias primas, tanto nacionales como extranjeras, que se emplean en la creación de los productos y valor de las mismas después de su transformación por las industrias; 7) orden cronológico en cuanto sea posible, de la creación de nuestras industrias, causas que hayan favorecido su desarrollo o producido su decadencia; 8) examen comparativo de las industrias nacionales con las similares extranjeras, que hayan concurrido a la Exposición; 9) información sobre las industrias existentes, que no hayan concurrido a la Exposición; 10) grado de protección que reciben de las leyes fiscales diversas industrias.

En esta oportunidad, el General Caballero, Presidente del Paraguay, en el decreto del 28 de marzo, le agradeció a Mauricio Mayer su eficaz cooperación, para que se exhibieran los productos de su país en esta Exposición.

Carlos D'Amico, el Ministro de Gobierno de la Provincia, lo designó el 23 de septiembre de 1882, con Diego Chávez López y Eulogio Enciso, para preparar el banquete que se realizaría con el fin de celebrar la colocación de la piedra fundamental de La Plata. La ceremonia se realizó el 19 de noviembre, a pesar de las burlonas críticas de los núcleos porteños. El 31 de marzo de 1884, el gobierno provincial trasladó sus oficinas a la nueva capital y el 1º de noviembre de 1885, se dispuso la construcción de la Catedral.

Como en los viejos tiempos, la competencia del puerto de Montevideo motivaba las enconadas protestas de los comerciantes porteños. Mauricio Mayer pronunció, el 9 de octubre de 1882, una conferencia en el Club Industrial

y señaló que el origen de las diferencias provenían, en su mayor parte, de las ventajas navieras del puerto de Montevideo y de la mayor liberalidad de sus reglamentos, particularmente en el caso del tráfico con el Paraguay<sup>13</sup>.

Sus relaciones con el elenco gubernativo de la Provincia eran estrechas. El 16 de mayo de 1882, firmó un convenio, en nombre de un grupo de amigos, con el señor H. Stern, propietario de "El Mosquito", por el cual éste ponía su periódico por el plazo de dos años al servicio del partido Autonomista Nacional, encabezado por el doctor Dardo Rocha y bajo la dirección política de Eulogio Enciso.

Formaban en las filas del partido Autonomista Nacional, el General Roca, Luis Sáenz Peña, Hipólito Yrigoyen, Miguel Cané, Lucio V. López, Estanislao Zeballos, José C. Paz, Carlos D'Amico, Saturnino Unzué, Nicolás Calvo, Antonino Cambaceres y Álvaro Barros.

El 20 de agosto de 1883 el Directorio del Ferrocarril Oeste le encomendó la adquisición de las tierras necesarias para tender los rieles desde la ciudad de La Plata hasta Morón.

El 1º de octubre de 1883, el Directorio lo congratulaba por el éxito que había logrado en las gestiones realizadas a favor del Telégrafo de la Provincia, en la Convención Telegráfica, reunida por su iniciativa y bajo su presidencia.

El Gobernador Rocha era incansable, fundó un hospital para hombres y mujeres en La Plata y otro en Bahía Blanca, el Instituto Melchor Romero, abrió un consultorio médico gratuito, instaló una Biblioteca y un Museo Público y escuelas de artes y oficios. Se levantaron las capillas de San José de Balcarce, San José de Flores, Tandil, Bolívar, San Nicolás de los Arroyos, Ayacucho, Patagones, Rojas, Tapalqué y Los Hornos.

Los campos fiscales se entregaban a los colonos a precios reducidos, pero con la obligación de alambrarlos, cuando los alambres costaban tres veces más que la tierra.

El 29 de diciembre de 1883, Dardo Rocha y el Ministro de Hacienda Vicente Villamayor lo nombraron Director del Banco de la Provincia.

<sup>13</sup> "La Libertad", 10 de octubre de 1882.

En ese año se fundaron los pueblos de Coronel Suárez, Adolfo Alsina, Mar Chiquita y el Fortín Mercedes sobre el río Colorado. A fines de ese año, se habían abierto 425 escuelas y tendido 993 kms. de líneas telegráficas a Balcarce, Necochea, Mar del Plata, Pergamino y Junín.

En octubre se aprobaron los planos de la estación de La Plata, que se comenzó a construir el 10 de noviembre, y el proyecto de un granero en el Puerto, así como la adquisición de un tren para el transporte de granos y carnes heladas, similar al que corría entre París y El Havre <sup>14</sup>.

Cambiaban las autoridades, el nuevo Gobernador Carlos D'Amico reemplazó el 1° de mayo de 1884 a Dar-do Rocha, inspirado por los mismos principios políticos y culturales. Fueron sus Ministros Nicolás Achával de Gobierno, Faustino Jorge y luego Eulogio Enciso de Hacienda y Asesor Juan José Montes de Oca.

El Gobernador D'Amico impulsó con nuevas energías a los ferrocarriles. El 16 de agosto de 1884, promulgó una ley que cambió su estructura administrativa, suprimió el Directorio y la Gerencia y los reemplazó por una Dirección General Dependiente del Ministro de Hacienda.

En la Memoria que el Director General elevó al Ministro en 1885, expresaba que una de sus preocupaciones había sido lograr que el personal de la empresa se distinguiera por su alta moral y el estricto acatamiento de las normas disciplinarias. Con ese objeto había establecido en los Reglamentos sanciones proporcionadas al grado de las faltas y establecido un orden riguroso en los ascensos, como un estímulo y una recompensa a los buenos servicios, de modo que los empleados se sintieran inclinados a lograr su promoción por sus propios esfuerzos y no por los favoritismos ajenos. Aconsejaba también la creación de una Oficina de Estadísticas, a fin de que las tarifas fueran fijadas según los costos de explotación.

La obra del Administrador General fue intensa, se tendieron los rieles de Bragado a 9 de Julio, de Pergamino a San Nicolás, a Junín y a Rojas, de Lobos a Saladillo y de Saladillo a Alvear, el ramal que unía el ferrocarril Central con la línea de San Nicolás a Pergamino, el ramal

<sup>14</sup> MARÍA ESTHER MASSIMINO, *Una personalidad relacionada con La Plata*. Mauricio Mayer, Conferencia, 12, 14.

de San Antonio de Areco a Pergamino y el ramal para unir La Plata con el ferrocarril Sur, que cubría como un abanico la Provincia.

En 1884 se tendieron 108 kms. de nuevas líneas en explotación, se transportaron 785.991 toneladas y 1.620.089 pasajeros.

En cuanto al telégrafo que dependía del ferrocarril y en 1880 tenía 2.593 kms. de líneas, llegó en 1885 a 5.193. Aunque en los comienzos fuera deficitario, los servicios de comunicación que prestaba al gobierno y a los pueblos era inestimable y en poco tiempo más daría ganancias.

El 30 de noviembre de 1884 fue nombrado miembro de la Comisión integrada por Alfredo Lahitte, Rufino Varela, Vicente Casares, Pablo Marengo, Miguel Uribelarrea y Eugenio Abrogin para dirigir los trabajos de la construcción de un nuevo ramal, que partiría de Barracas del sur hasta llegar al pueblo de Cañuelas.

El Consejo Directivo estaba formado por Mateo Victorica, José Herrera, Domingo Ayarragaray, Martín Bertraondo, Eduardo Casey, Tomás Ambrosetti, Edmundo Wagenceht, Saturnino Unzué, Guillermo Martínez, Emiliano Pérez y luego Julio Ardite para la primera división, Reinaldo Otero para la segunda, Luis Silveira para la tercera, Santiago Brian para la cuarta y Carlos Arias para la quinta.

Abrió una escuela de aprendices a la que concurrían 47 jóvenes, 2 estudiantes de Ingeniería y 3 ajustadores mecánicos. En 1884, sobre 54 foguistas, 49 eran argentinos y entre los maquinistas, lo eran 25.

Aunque la mayor parte del material se compraba en Europa, se armaba en los talleres de la empresa. En 1883 se montaron 5 locomotoras, 29 vagones de bajo borde, 300 plataformas de 2 ejes, 21 de 4 ejes, 67 vagones cubiertos, 4 salones de primera clase con 32 asientos y 2 salones dormitorios. Ese año se comenzó a armar la "Primera Argentina", la nueva locomotora hecha en el país.

El Ingeniero Otto Krause levantó, en Tolosa, los nuevos talleres del Ferrocarril, los más grandes y modernos de la República.

Al dejar su cargo, el material rodante de la empresa contaba con 90 locomotoras, 141 vagones de pasajeros y

2.698 vagones de carga. El telégrafo que dependía del Ferrocarril tenía, en 1880, 2.593 kilómetros de líneas y cinco años más tarde llegó a 5.193.

Las aldeas cruzadas por el Ferrocarril se transformaron en ciudades. Las estaciones, a la espera del expreso de la capital, eran animados puntos de reunión. Los jefes de las estaciones eran unos personajes que disponían del telégrafo para los mensajes urgentes y distribuían equitativamente jaulas y pasajes.

Bartolomé Mitre y Andrés Lamas, miembros de la Comisión Directiva de la Asociación Bernardino Rivadavia, fundadora de la Biblioteca Popular del Municipio, lo invitaron el 9 de marzo de 1884, para inscribirse como miembro protector de esa institución.

El 1° de marzo de 1885, el Presidente Roca y el Ministro de Hacienda Victorino de la Plaza lo nombraron Director del Banco Hipotecario Nacional.

El Ministro de Hacienda de la Provincia, Eulogio Enciso, rechazó, el 4 de julio de 1885, la renuncia que había presentado al cargo de Director General de los Ferrocarriles, por deber ausentarse algunos meses a Europa y le concedió en cambio licencia sin goce de sueldo y el 8 de julio lo designó representante de los Ferrocarriles provinciales ante la Convención Ferroviaria que debía reunirse en Amberes.

Al fallecer su esposa, el 17 de abril de 1885, emprendió un largo viaje a Europa y a Oriente. Llevaba de secretario al hijo de D'Amico. Desembarcó en Burdeos y visitó París. De ahí se dirigió a Bruselas y a Amberes acompañado por el Ingeniero Stegman. Visitó los talleres ferroviarios, las grandes fundiciones y la acería Wendell, en Lorena, donde se fabricaban los rieles de acero.

Pasó luego a Londres y Cardiff y se embarcó en Southampton para Nueva York, y luego de una breve estadía continuó el viaje por ferrocarril hasta San Francisco.

Allí zarpó para el Japón, que suscitaba en esos años la curiosidad occidental. Visitó Yokohama y Tokio y fueron invitados por el Conde Hirobuni Ito a la fiesta del Crisantemo, que se celebró en el Jardín Imperial el 10 de noviembre. De esa estadía trajo una importante colección de obras de arte y, entre éstas, dos garzas de hierro de

1,80 metros de alto que se encuentran en el parque de la estancia "La Primavera" en Magdalena <sup>15</sup>.

Después de dos meses se embarcó en Yokohama y el 13 de enero llegó a Shangai y cruzó a Canton. Tomó el Bengal Railway, el confortable ferrocarril inglés y a través de campos de arroz y cocoqueteros, plantaciones de amapolas y yute, llegó hasta Dargeleing en la falda del Himalaya el 19 de febrero. Visitó luego Delhi, Benares sobre el Ganges, la ciudad más rica de la India, con 600 mil habitantes de los cuales 200 mil se bañaban diariamente en el río. Para mantener el país en paz, Inglaterra prohibía que se introdujeran armas. Bombay tenía 650 mil habitantes, palacios, templos, hospitales, escuelas y asilos y un puerto con centenares de embarcaciones, todo envuelto en un tufo insoportable.

Se exportaban enormes cantidades de té, arroz y tabaco y la principal alimentación del pueblo era el pescado.

El 1º de marzo se embarcaron para Suez, con destino a Génova, hasta regresar al Plata, el 14 de abril de 1886.

El gobernador D'Amico proseguía empeñosamente su tarea de adelantos. El 21 de mayo de 1886, se unieron por teléfono los pueblos de Morón, Merlo, Moreno, Luján, Belgrano, Flores, San Isidro y San Fernando. Pero el 3 de noviembre se ordenó retirar de los trenes a los pasajeros sospechados de estar afectados por la epidemia de cólera.

El progreso, a veces injustamente impugnado, brindó grandes ventajas, detuvo males endémicos, el hambre, la lepra, la viruela, el cólera y hasta obsequió a los vecinos los revolucionarios automotores. Por contraste ¿cómo sería hoy la ciudad de Buenos Aires, con 500 mil caballos trajinando por sus calles?

Una generación tras otra generación, cambiaban la población, los mecanismos económicos, los problemas sociales y naturalmente los elencos políticos.

De vuelta a Buenos Aires, continuó con la Vicepresidencia del Lloyd Argentino y los proyectos navieros. En caminadas las empresas ferroviarias, se abrían otros hori-

<sup>15</sup> "El Diario", 7 de noviembre de 1885; 9 de junio, 12, 14, 18, 19, 20; 27 de agosto; 6 y 8 de septiembre de 1886; "La Nación", 18 de agosto de 1888; "La Tribuna" y "Sud América", 21 de agosto de 1888.

zontes. Mucho faltaba por hacer, en un país en agraz. Particularmente urgía el desarrollo de los servicios públicos que reclamaba la creciente sociedad y la colonización de los campos todavía desiertos.

En el mes de agosto de 1886, firmó un contrato de sociedad con Belisario Hueyo, Juan y Fernando Storni, Antonio Tarnassi y Francisco de Robertis, para montar una usina de gas en la ciudad de La Plata. Trajo 60 kms. de tubos de Inglaterra y al año siguiente se realizaron las primeras conexiones domiciliarias.

Los servicios de gas marcaron otra etapa de progreso. Desaparecieron los quinqués de aceite y las velas de sebo. Iluminaron las calles y los hogares. Se alargaron los días y mejoró la seguridad. Ejercieron una influencia casi tan revolucionaria como los ferrocarriles, en la vida cívica y en las industrias.

Nació un nuevo Estado, la ley 1072 del 20 de octubre de 1880 prohibió a las provincias alistar cuerpos militares, la ley 1130 del 5 de noviembre de 1881 unificó la moneda en toda la República, la ley 1565 de 1884 creó el Registro Civil, la ley 1893 de 1886 organizó los Tribunales de la Capital y el Registro de la Propiedad. Se sancionaron el Código de Minería y el Código Penal en 1888.

Cambiaban las costumbres y el clima. Se alcanzaba el progreso, el bienestar, la instrucción de los pueblos, un mejor nivel de vida, gracias al esfuerzo de un grupo abierto y emprendedor, hijos de sus obras, con olor a bosta, decía Sarmiento.

La sociedad pastoril se transformaba paulatinamente en una sociedad semindustrial. En 1895 los extranjeros eran propietarios del 84 % de las industrias y del 74 % de los comercios. En 1900 Buenos Aires era "una macedoine iluminada a gas" y trabajaban 48.789 establecimientos industriales con una dotación de 410.000 personas.

El país de los conquistadores, de los próceres de la Independencia y de los caudillos, se transformó en una comarca de pioneros exitosos. Las nuevas olas, las nuevas explotaciones, los nuevos ricos, el paso de los años alentaban la fe y la confianza en el futuro del país. Era la cesta del mundo, que necesitaría siempre de sus cosechas y nada podía impedir su progreso.

El Gobernador D'Amico lo nombró, el 23 de noviembre de 1886, para controlar en la localidad de Chacabuco los comicios que debían celebrarse el 5 de diciembre, con el fin de elegir al nuevo Gobernador.

Por otro decreto, el Gobernador D'Amico y el Ministro de Hacienda Eulogio Enciso lo designaron nuevamente el 20 de diciembre miembro del Directorio del Banco de la Provincia.

El 31 de diciembre de 1886, Jorge A. Williams le informó que el Consejo Directivo del Ferrocarril Oeste había resuelto completar la galería de los retratos al óleo de los ex presidentes con su retrato como Director General y le pedía que le enviara una tarjeta fotográfica, para que el pintor di Savi pudiera confeccionarlo.

Sólo muchos años después, cuando su obra de progreso había sido realizada, y el país se encontraba unido y rico, se produjo el colapso de los ferrocarriles. Ese proceso se debió a dos causas, la primera la competencia de los caminos pavimentados y de los nuevos automotores y la segunda a una administración estatal a menudo catastrófica.

En estos meses se estableció en La Plata una fábrica de tejidos de hilo, seda y lana, muestra de la naciente industrialización.

El Presidente del Banco de la Provincia, Antonino Cambaceres, lo eligió el 14 de febrero de 1887, con Estanislao Zeballos y Juan Drysdale, para realizar un estudio sobre la situación financiera del Banco y de sus reservas.

Por su parte, los delegados del Centro y del Club Industrial lo eligieron el 9 de enero de 1887, para presidir la asamblea a realizarse, con el fin de constituir la Unión Industrial Argentina.

El Ministro del Interior del gobierno nacional, Eduardo Wilde, lo nombró el 22 de octubre de 1887, miembro de la Comisión encargada de organizar la presentación de los productos argentinos en la Exposición Universal, que debía realizarse en París, en el año 1889.

El Presidente Juárez Celman y el Ministro de Hacienda Wenceslao Pacheco, lo designaron el 1º de marzo de 1888, nuevamente Director del Banco Hipotecario Nacional.

Como reconocimiento a sus servicios, el Presidente Juárez Celman y el General Eduardo Racedo, Ministro de Guerra, le confirieron el 13 de marzo de 1888 el grado de Coronel de Guardias Nacionales.

El 27 de abril de 1888, el General Racedo le comunicó al Director del Parque General Domingo Viejobueno, que lo había designado ante la Intendencia de Buenos Aires, para gestionar la apertura y la pavimentación de las calles, el tendido de las líneas de tranvías y las instalaciones de aguas corrientes, que debían servir a los edificios del Nuevo Arsenal de Guerra, a construirse en los terrenos del antiguo Polvorín.

Otro decreto del Ministro de Guerra y Marina Eduardo Racedo, lo designó el 31 de julio de 1888 vocal de la Junta Superior de Marina.

El país continuaba su marcha ascendente y, el 23 de mayo de 1889, promovió el montaje de otra usina de gas en la ciudad de Paraná.

Con el objeto de paliar los efectos de la crisis que se iniciaba, presentó al Poder Ejecutivo, a mediados de 1889, un proyecto para colonizar 3 millones de Has. en el territorio de Chubut. En vista de las dificultades que habían detenido los proyectos de colonización de Yerúa y Río Cuarto y la demora del Congreso en reformar las leyes sobre tierras y colonias, proponía que se constituyera una sociedad, "La Colonizadora de la Patagonia", con un capital de 1.200.000 pesos, formado la mitad por el aporte de suscriptores privados y la otra mitad por el gobierno. Debían designarse peritos agrónomos, para clasificar las tierras, y luego dividir las en lotes de 500 Has., que se entregarían a los colonos, con las habitaciones, los instrumentos de labranza y galpones, pagaderos a largo plazo <sup>16</sup>.

El 19 de noviembre de 1889, fue nombrado por el Presidente Juárez Celman y el Ministro del Interior Norberto Quirno Costa, miembro del Consejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires con Miguel García Fernández, Manuel Mansilla, Guillermo Cranwell, Francisco Bollini, Carlos Casares, José del Viso y Luis Goyena. Con motivo de este nombramiento, el 27 de noviembre presentó su

<sup>16</sup> "La Prensa", 25 de agosto de 1889.

renuncia de Presidente y miembro del Directorio de la Sociedad Cooperativa de Alumbrado a Gas de La Plata.

El país cambiaba, en 1869 la población era de 1.700.000 habitantes y en 1880 era de 3.900.000. Los ferrocarriles, el telégrafo, las escuelas y las iglesias transformaban los desiertos, crecían los poblados, las mieses y las artesanías, todo el país se movía con un optimismo incontenible.

Vicente F. López abogaba por la protección aduanera a las nacientes industrias. Mentalmente constructores, pusieron el estado al servicio de la producción y de ahí su éxito. Se construyó la Casa Rosada, el Palacio de Justicia, el Congreso, el Correo Central, el Departamento de Policía, el Teatro Colón, el Arsenal, las obras de salubridad, los puertos de Corrientes, la Ensenada y Bahía Blanca.

Los pasajes de venida y regreso a Europa, de los braceros contratados para levantar las cosechas, costaban 100 pesos. Veleros, schooners, remolcadores y patachos, surcaban los ríos Paraná y Paraguay, con sus cargas de pasajeros y mercaderías. Las mensajerías fluviales y los barcos argentinos recalaban en Corumbá y Palmas Chicas, los Torromé abrieron un banco en Londres <sup>16a</sup>.

Esos gobernantes impulsaron con ahínco la educación de los pueblos. Si Alberdi había enseñado que gobernar era poblar, Sarmiento enseñó que gobernar era también educar.

La fuerza de las corrientes, la convicción de que la Argentina era un país privilegiado y el progreso indefinido, alentaban toda clase de proyectos y de ilusiones.

Inevitablemente ese entusiasmo provocó los desequilibrios y se precipitó una crisis de crecimiento. El mitin del Jardín Florida, del 1º de septiembre de 1889, marcó el comienzo de un proceso principalmente financiero. El exceso de los créditos públicos y privados, como en todos los países sudamericanos, fue la causa primaria de la caída <sup>17</sup>.

El 26 de julio de 1890, estalló el pronunciamiento en el Parque de Artillería, frente a la actual plaza Lavalle,

<sup>16a</sup> LUIS DODERO, *La navegación en la Cuenca del Río de la Plata y sus precursores*, 1961.

<sup>17</sup> JUAN BALESTRA, *El Noventa*, 1934.

en los alrededores de la ciudad. Pero los revolucionarios, divididos y sin apoyo externo, se rindieron a los dos días. "La revolución había sido vencida, pero el gobierno estaba muerto."

Fue una carambola del General Roca, se deshizo al mismo tiempo de Juárez Celman y de Alem. Para Carlos Pellegrini, entregar el gobierno a los revolucionarios hubiera sido una seria imprudencia.

Como Vicepresidente, Pellegrini asumió el 7 de agosto el gobierno. Ordenó enérgicamente las finanzas, fundó la Caja de Conversión y el Banco de la Nación y en dos años el país recobró el equilibrio.

El Ministro de Justicia, Juan Balestra, le informó el 4 de enero de 1892, que había sido nombrado Juez de Paz de la Sección 14, y luego fue nombrado sucesivamente miembro de la Comisión Municipal de Obras Públicas y Presidente del Consejo Escolar del cuarto distrito, cargos entonces honoríficos.

Dedicado también a las obras filantrópicas, el 9 de noviembre de 1892, fue designado Presidente de la Sociedad Argentina de la Cruz Roja y años después, el 9 de abril de 1896, Rafael Igarzábal le expresaba "la viva gratitud de la Comisión Central por su abnegada propaganda y los socios que había tenido a bien presentar a la institución". Más tarde, en 1900, fue elegido Presidente del Directorio del Patronato de la Infancia.

En el norte levantó en 1893 un ingenio azucarero "El Formosa" y fundó el Centro Azucarero Argentino. Bajo su presidencia y por su iniciativa, ante el conflicto con Chile, el Centro donó al gobierno nacional en 1898, las sumas necesarias para adquirir un barco de guerra<sup>18</sup>.

El Presidente José Evaristo Uriburu y el Ministro del Interior Benjamín Zorrilla, le agradecieron, el 12 de noviembre de 1895, los servicios que había prestado, como Presidente de la Comisión Censal de la Sección 14 de la Capital.

El 20 de noviembre de 1897, el Presidente José Evaristo Uriburu y el Ministro del Interior Norberto Quirno Costa, lo nombraron con Agustín Silveira, Julio Gaggino,

<sup>18</sup> OSVALDO CÚTOLO, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, 1975, t. IV, 487.

Tomás Santa Coloma, Jacobo Peuser, Ramón Santamarina y Valentín Curuchet, miembro de la Comisión encargada de dirigir los trabajos de la Exposición de los productos de la industria nacional, a inaugurarse en Buenos Aires el 9 de julio de 1898.

Poco después, el Presidente Uriburu y el Ministro de Guerra Nicolás Levalle lo eligieron, el 3 de enero de 1898, con Carlos R. Rodríguez, Félix Armesto, el Contador General de la Contaduría General de la Nación y el Escribano Mayor de Gobierno, para verificar la regularidad de los procedimientos seguidos en la adquisición de suministros destinados al Ejército.

El mismo Presidente Uriburu y el Ministro de Relaciones Exteriores Amancio Alcorta, lo volvieron a nombrar el 16 de junio de 1898, con Eduardo Olivera, Rafael Igarzábal, Santiago Alcorta, Mariano G. Martínez, Carlos Maschwitz, Juan Buschiazzo, Julio Dormal y Santiago Rey Basadre, para integrar la comisión encargada de correr con todo lo relativo a la participación argentina en la Exposición de París.

No olvidaba su vocación empresaria y así fue elegido miembro del Directorio de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina, que ampliaba su red por toda la ciudad.

En representación de un grupo de amigos, firmó el 16 de julio de 1898, un contrato con el escultor Héctor Ximenes, para que ejecutara un monumento a la memoria de Antonino Cambaceres.

Los actores del 80 fueron objetivos y concretos, vieron con claridad cuáles eran los problemas que afectaban al progreso del país y los enfrentaron con capacidad y decisión.

El primer problema que debieron afrontar fueron las distancias, que separaban los poblados, y construyeron los ferrocarriles. El segundo, que tanto inquietó a Sarmiento y a Alberdi, fue el desierto y fomentaron la inmigración. El tercero fue la ignorancia, cuando apenas el 30 % de los pueblos sabía leer y escribir y abrieron escuelas por toda la República. El cuarto fue la pobreza y estimularon los trabajos rurales y las incipientes industrias, para mejorar el nivel de vida de los pueblos.

Gracias a esa visión y a sus tenaces esfuerzos, tuvieron éxito y hoy su obra debe estudiarse como una guía.

En cambio, años después, las riquezas debilitaron el "elan vital", se olvidaron los sacrificios que habían encumbrado al país y se creyó cándidamente que se lograría un mayor bienestar, sin esfuerzos, gracias a fórmulas mágicas o a la infinita bondad de la Divina Providencia.

Las causas de las crisis son claramente discernibles. Cambiaron los fines, en vez de continuar la tarea de construir un gran país se difundieron las epizootias, el financierismo, la irreverente asignación de los fondos de los contribuyentes, el "spoil system", los privilegios y las prebendas versallescas.

Cambiaron también los medios, se volvió a imponer una burocracia borbónica, todavía perviviente, y con las canonjías minaron las energías, la voluntad de realizar los esfuerzos indispensables para lograr las mejoras sociales y el progreso.

El juego de los partidos narcisistas, divididos en castas arcaicas, más preocupadas en ganar elecciones que en resolver los problemas concretos, desde las inundaciones hasta el eficaz funcionamiento de los servicios públicos, perdió el rumbo. Se echaron al cesto las molestas reglas aritméticas y declinó el nivel de los elencos seleccionados más por sus afinidades tribales, que por su capacidad.

Asuma periódicamente la tentación totalitaria del partido único y la división de los ciudadanos entre iluminados y réprobos.

En vez de ponerse de pie y hacer las cosas que necesita el país, se prefirió invocar las distintas variantes de una economía metafísica, cuyos resultados han sido invariablemente deprimentes. Se creyó que los problemas podían resolverse con elocuentes paralogismos, en vez de fecundar los inmensos espacios desiertos, la olvidada Patagonia.

Así se explica que si en la primera etapa el país remontó del nivel de una factoría al 6º rango en la escala mundial, luego se derrumbara al 56º y que las privaciones golpeen diariamente a numerosos sectores.

La experiencia ha sido amarga, pero naturalmente dos políticas distintas debían arrojar resultados también distintos.

Sin embargo, las esperanzas no han muerto, todavía pueden desarrollarse en vastos campos las industrias y las ciencias, tantas veces desdeñadas, y tenemos una juventud dispuesta para esas empresas, siempre que la burocracia no la detenga con las cadenas impositivas y los reglamentos paralizantes.

El tiempo, el tiempo inexorable, es el factor político más poderoso. En pocos años cambia todo en las orillas del Plata, los presidentes y los partidos, los profetas y los caudillos, los dogmas y las utopías.

Se esfumaban los personajes de los ciclos de Mitre y de Sarmiento. Solo sobrevivían algunos compañeros de Avellaneda. Después de las presidencias del General Roca (1880-1886), de Juárez Celman (1886-1890), de Pellegrini (1890-1892), les sucedieron Luis Sáenz Peña (1892-1895), José Evaristo Uriburu (1895-1898), nuevamente el General Roca (1898-1904), Quintana (1904-1906), Figueroa Alcorta (1906-1910), Roque Sáenz Peña (1910-1914) y Víctorino de la Plaza (1914-1916), aquel niño que vendía con los pies desnudos empanadas en la plaza de Salta, todos prudentes administradores, que impulsaron eficazmente el progreso.

Era la Argentina de la fe, la inteligencia y el trabajo, de las iniciativas ciudadanas y de la visión del rumboso futuro del país. Asomaba sin embargo el ocaso, el tiempo retiraba del escenario a los principales actores y sus acólitos.

Desaparecían Adolfo Alsina en 1877, Avellaneda en 1885, Sarmiento en 1888, el patético Alem y Aristóbulo del Valle en 1896, Vicente F. López y Carlos Tejedor en 1903. El 19 de enero de 1906 fallecía el General Mitre y el 12 de marzo Quintana, el 17 de julio Pellegrini y el 27 de diciembre Bernardo de Irigoyen, el 9 de agosto de 1914 Roque Sáenz Peña y el 19 de octubre el General Roca. Se renovaba el elenco del drama argentino.

Alborotaban los inmigrantes y sus hijos con nuevas exigencias; después de conquistar el poder económico, se aprestaban a conquistar el poder político. Otros serían los

pueblos, otros los actores, aparecían nuevas corrientes en una sociedad distinta.

Vendió el ingenio "Formosa" para poblar una estancia de 35 mil Has. y fundar una colonia, la "Josefa", de 32.500 Has., en el valle de Río Negro.

Dedicado siempre a los negocios marítimos y a estas nuevas empresas, sus actividades en esos años se redujeron. Desde su casa en la calle Defensa 628 y en la quinta de Banfield, contemplaba a comienzos del siglo surgir otra Argentina.

En la Quinta Grande de Banfield, pudo entrever aquéllos que serían los actores de un nuevo ciclo, los compañeros de estudios de su hijo Carlos, Rodolfo Moreno, Matías Sánchez Sorondo, Alfredo Palacios y Alfredo Colmo.

Veraneaban también algunos de sus viejos amigos, el General Mansilla y Estanislao Zeballos. Estos salían por las mañanas a dar un paseo a caballo. Pero, como ambos eran muy conversadores, llegaron a un acuerdo, uno hablaba de ida y otro de vuelta.

En homenaje a "sus esfuerzos para desarrollar las vías férreas en la República", el Ministro de Obras Públicas Manuel Moyano, bajo la presidencia de Victorino de la Plaza, por una resolución del 21 de diciembre de 1914, dio el nombre de Mauricio Mayer a un pueblo y a una estación, en el sur de la Provincia de Buenos Aires, sobre la línea Quemú-Quemú.

Bienaventurada generación del 80. Encontraron un país semidesierto, pobre y dividido, devastado por los caudillos y los malones, afligido por las epidemias y la ignorancia, una factoría que apenas sobrevivía gracias a la venta de los cueros y en unas pocas décadas crearon una Nación, la poblaron, unieron y educaron, tendieron las vías de comunicación, los ferrocarriles y los telégrafos, sembraron escuelas, crearon nuevas industrias, aserraderos, lavaderos de lana, curtiembres, trapiches, destilerías de alcoholes, ingenios de azúcar, molinos harineros, telares, fundiciones, fábricas de fósforos y tabaco, elaboradoras de zinc y plomo, cemento y carbón, roturaron los campos y multiplicaron los rebaños.

Fue el milagro de la generación del 80, de una generación patriarcal y enérgica, que enfrentó los problemas

concretos y tuvo la capacidad de cumplir el programa de progreso que había trazado Alberdi en 1852, el modelo siempre perenne.

Era la Argentina, opulenta y orgullosa, encabezada por un grupo de dirigentes, en el campo político y en el campo económico, realistas y excepcionalmente ilustrados, que ascendieron a la cumbre insuperada del Centenario.

Falleció en la estancia "La Primavera", partido de Magdalena, propiedad de su hija Josefa y de su yerno el Dr. Eleodoro Lobos, el 28 de diciembre de 1917, y fue sepultado en la bóveda familiar de la Recoleta.

Concluía un ciclo de aventuras y progreso.